

## EL PADRE EN ACCIÓN: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA GRACIA Y LA INTERCESIÓN DE DIOS DESDE LA TIERRA MEDIA DE TOLKIEN

*THE FATHER IN ACTION: A REFLECTION ON GRACE AND  
GOD'S INTERCESSION FROM TOLKIEN'S MIDDLE-EARTH*

**JON MENTXAKATORRE ODRIOZOLA**

Doctorando en Filosofía, Univ. Autónoma de Madrid  
Madrid/España  
mentxaka\_71@hotmail.com

Recibido: 30/04/2017  
Revisado: 12/08/2017  
Aceptado: 29/09/2017

*Resumen:* En el cristianismo, un elemento se eleva por sobre los demás en su darse: la gracia, dación gratuita que Dios otorga a su criatura. Principalmente, la gracia se entiende y estudia como aquel don dado a la naturaleza de la criatura para su complementación o perfección. Sin embargo, el tema no encuentra su agotamiento ahí, pues la gracia también puede ser dispensada para la finalización de un designio intrahistórico, tal como narran los Evangelios.

Los últimos momentos de la crucifixión serán comparados y leídos con una de las historias más significativas del siglo XX: la historia de Frodo Bolsón, escrita por J. R. R. Tolkien. Es decir, el objetivo de este texto es exponer cómo y en base a qué en momentos determinantes en el curso de los acontecimientos, el Padre toma agencia directa en los hechos del mundo.

*Palabras clave:* Cristo, Padre, esperanza, Frodo Bolsón, gracia, J. R. R. Tolkien.

*Abstract:* In Christianity, one element rises above others in its giving: grace, free giving that God gives to his creature. Primarily, grace is understood and studied as that gift given to the nature of the creature for its completeness or perfection. The subject, however, does not find its exhaustion there, for grace can also be dispensed for the completion of an intrahistorical design, as the Gospels tell.

The last moments of the crucifixion will be compared and read with one of the most important stories of the 20th C.: the story of Frodo Baggins, written by J. R. R. Tolkien.

That is, the objective of this text is to explain how and based on what at decisive moments in the course of events, the Father takes direct agency in the deeds of the world.

*Keywords:* Christ, Father, hope, Frodo Baggins, grace, J. R. R. Tolkien.

## 1. INTRODUCCIÓN

De entre todos los elementos que componen el cristianismo como sistema de pensamiento y experiencia, existe uno de carácter sumamente delicado y misterioso: la gracia. La dación gratuita por parte de Dios resulta ser siempre y en todos los sentidos un regalo; un presente que el Padre da a sus hijos. Y es precisamente esta relación personal, cuyo culmen intrahistórico se halla en la Revelación, sobre la que pretende reflexionar el siguiente texto.

Desde un plano vivencial, para el creyente, todo acontecer es gracioso, pues todo se sustenta en último término gracias a Dios. Que la operación de un familiar haya sido exitosa, que un amigo haya recobrado lo perdido... todo se debe a la bondad y dirección de Dios. Sin embargo, podemos hablar filosóficamente sobre dos dones o daciones de gracia concretas y sistemáticas dentro del cristianismo: aquella en la que Dios da el ser y aquella otra en la que dará el SER<sup>1</sup>. Es decir, todo ser humano debe su ser a que Dios se lo ha dado, y todo ser humano redimido deberá su ser elevado, pleno, alzado, a Dios. El ser es gracia, don esencial de Aquel que se llamó a Sí mismo Yo Soy: el Creador (Ex 3, 14; Tresmontant, 1978: 40).

En esa línea de gracia, la figura capital de Cristo se muestra en un momento crucial: en su tiempo, en el momento oportuno. La divinidad irrumpe en la Historia para dar noticia de un quehacer fundamental en el designio marcado: vencer a las tinieblas, saldar la deuda de los pecados de la humanidad y acabar con la sombra de la muerte (Jn 8, 12-51). Cristo, por lo tanto, muestra que la historia humana forma parte de un complejo proyecto en el que hay un propósito, una dirección, y que el ser humano juega un papel central. Desde la Revelación, el ser humano sabe que la vida tiene un sentido, y que su propia existencia en este mundo tiene un camino trazado: un sendero que lo llevará a ser lo que es, a recibir el nombre que diga todo lo que es (Ap 2, 17). El cristiano de fe, en consecuencia, se sabe protegido y guiado por una vía particular que lo llevará a su plenitud. Pero esta vía no carecerá de desafíos y amenazas. En el contexto expuesto, la cuestión de investigación que se plantea es la siguiente: ¿Es uno mismo capaz de llegar hasta el final del sendero diseñado para él?

1 Para una profundización de esos dos grandes dones y toda otra operación de gracia, véase Ruiz de la Peña (1991).

La pregunta exige desdoblarse y presentarse en mayor detalle, así como disponerse al contexto y pensar filosófico. Dentro de un horizonte enmarcado por un principio divino que se lleva a completitud y en el que el ser humano toma parte activa, ¿hasta dónde llega la asistencia de Dios? Es decir, ¿ocurre el momento en el que el ser humano como instrumento no llega a estar a la altura de lo encontrado en el camino y es la divinidad misma quien se hace cargo? ¿Hallamos un gran acto de gracia explícito a la vez que encubierto en el designio de todo ser? La figura de reflexión no será otra que la segunda persona de la Trinidad, Cristo Jesús, en una situación particular: el momento en el que expira su último aliento, justo después de sus últimas palabras<sup>2</sup>.

El objetivo del texto es, por lo tanto, dentro del marco de sentido cristiano, mostrar que la figura del Abbá exige pensar que es el Padre quien toma la responsabilidad de todo camino personal y quien lo acaba; que es, en última instancia, no solo sustento, sino principio activo, y que esta intercesión invisible desde lo profundo en el plano histórico y humano, que logra llevar a cabo el objetivo, es la verdadera gracia: la acción del Padre cuando el hijo sucumbe o debe ser cargado. Es decir, más allá de la gracia ya dada y prometida en el plano natural del ser, una gracia directa opera como complemento y perfección en el designio de desarrollo dado a todo ser. Para ello, utilizaremos como punto de apoyo la historia narrada en *El Señor de los Anillos* de Frodo Bolsón, personaje del condecorado “autor del siglo” J. R. R. Tolkien (Shippey, 2003), cuya misión es destruir el aparato del Mal, y que aun cayendo finalmente bajo su tentación, consigue llevar a término. Advertimos de que tal premisa comparativa entre Frodo y Jesucristo se basa en la lectura *aplicable* al pensamiento del autor de este texto, y no la deliberada intención por parte de Tolkien<sup>3</sup>.

Desde un primer momento se expondrá sobre qué base las seleccionadas narraciones pueden ser y serán comparadas, para después describir el detalle de

2 Nos referiremos, sobre todo, a los Evangelios de Mateo y Marcos, en los que encontramos la siguiente oración: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46; Mc 15, 34), palabras con las que Jesús se dirige al Señor no como Padre, sino como Dios; no es así en el más dulce de los Evangelios, que mantiene el apelativo *Padre* hasta el final: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46); ni el cuarto de los Evangelios canónicos: “Todo está cumplido” (Jn 19, 30).

3 Fueron muchas las veces en las que Tolkien negó la presencia de alegoría alguna en su obra literaria (Carta 34, 109, 131, 144, 163, 165, 186, 203, 205, 211, 215, 229), entre las que destaca su prólogo a la segunda edición de 1966 de *El Señor de los Anillos*. Tras exponer el gusto en ofrecer una larga obra leíble y capaz de entretener, y la ausencia de un mensaje interno intencionado, explica Tolkien (*LotR* xxvii): “But I cordially dislike allegory in all its manifestations, and always have done so since I grew old and wary to detect its presence. I much prefer history, true or feigned, with its varied applicability to the thought and experience of readers. I think that many confuse ‘applicability’ with ‘allegory’; but the one resides in the freedom of the reader, and the other in the purposed domination of the author”.

cada una. El texto proseguirá respetando el contexto que cada historia posee, pero creando un puente de lectura y enriquecimiento entre ambos hasta llegar a las conclusiones finales. La investigación pretende, de este modo, abrir nuevas perspectivas para pensar elementos como la esperanza y el trabajo *sub specie aeternitatis*. Se llegará como última exposición a tratar sobre el papel del paso de la muerte en cada persona dentro del marco cristiano y la acción redentora y graciosa de Dios.

Finalmente, es importante señalar que las citas de las obras de Tolkien se darán tal como la academia de los Tolkien Studies impulsa, utilizando las abreviaturas correspondientes al castellano. Aprovechamos el momento para hacer explícito otro de los objetivos del texto: acercar la obra de Tolkien a la investigación filosófica y al mundo hispano-hablante, así como enriquecer el pensar filosófico a través de la literatura.

## 2. 2. PADRE NUESTRO E ILÚVATAR

Los Evangelios muestran una faceta especial de un Dios personal: es Padre, y todo ser humano está llamado a ser su hijo, dado que el Hijo se presentó bajo forma humana. Precisamente, es a través de la noticia de esta posible relación de iniciativa divina que Jesús se muestra como Hijo de Dios e Hijo del Hombre: porque es el único engendrado –y primer resucitado– y porque al tomar forma humana, al encarnarse y descender al mundo, asume así al ser humano y lo hace digno de participar en el Reino de Dios<sup>4</sup>. En ambas formas, la relación fraternal queda patente. Pero el apelativo de Padre no es un mero gesto de afecto: es una confianza, un reconocimiento, un seguimiento; es una nueva fe. Tal como dice Soskice (1985: 112):

If God is our father, he will hear us when we cry to him; if God is our father, then as children and heirs we come to him without fear; if God is our father, he will not give us stones when we ask for bread.

Es decir, aunque el mundo sea cruel y la existencia difícil, el hombre se sabe provisto, como la criatura que no teme enfrentarse a otra al saber que su progenitor no anda lejos y que lo asistirá en la necesidad (Lc 11, 9-13). El Padre, por lo tanto, aunque no esté en escena, aunque no se lo vea y permita a su hijo libertad de movimiento, no está ocioso. Al igual que el ser humano en cuanto padre, Dios

4 Ap 21, 7; Hch 2, 36; Rm 1, 4; Hb 1, 5; Jn 1, 12 y Jn 1, 51; 3, 14; 8, 28; 12, 32-34.

atiende al curso de los acontecimientos, y cuando lo cree necesario incide en él, sin que el giro producido en el argumento levante sospechas.

Es así que pretendemos llamar la atención sobre el primer paralelismo entre los Evangelios y la Tierra Media como apertura de investigación: tanto en el conjunto de textos canónicos como en los que forman el material de la ficción de Tolkien, la figura de Dios se presenta como Padre. Así, en el canto de los Aínur, el Creador es denominado “Eru, el Único, que en Arda es llamado Ilúvatar” (S 13); es decir, que en el mundo creado se conoce como el Padre de Todo.

El mito de la Creación guardado en la Tierra Media y contado en el *Ainulindalë* es quizá el más bello que poeta haya desarrollado jamás, y su analogía y compenetración con el mito judeo-cristiano de la Creación marca el comienzo de un mismo fondo trascendental en la obra de Tolkien. No nos detendremos en argumentar cómo la Tierra Media es un mundo secundario fundamentalmente católico en todos sus elementos<sup>5</sup>, pero nos es necesario señalar lo siguiente: Ilúvatar es externo a su Creación<sup>6</sup> –que en su fundamento último sustenta mediante su palabra y aliento–<sup>7</sup>, todo ser por él creado está dotado de libre albedrío<sup>8</sup>, y al final de los tiempos el designio de la Creación será llevado a cabo correctamente<sup>9</sup>, dado que esta vez la maldad ha logrado torcerlo al tomar forma. Y una cosa más: al presentar un escenario de este nuestro mundo previo a la Revelación –y en un

5 “*El Señor de los Anillos* es, por supuesto, una obra fundamentalmente religiosa y católica; de manera inconsciente al principio, pero luego cobré conciencia de ello en la revisión” (Carta 142). La oración se hace extensiva a todo el conjunto de las obras de la Tierra Media. Al respecto, sobre el trasfondo de sentido que se nutre de lo que Tolkien, como católico, consideraba verdad –y no, insistimos, sobre un mensaje alegórico/religioso intencionado–, véase Coulombe (2001), Houghton (2003), Marqués (2009), Caldecott (2013), Kerry (2013), Kerry *et al.* (2013) y Márquez Linares (2016).

6 “No hay corporización del Único, de Dios, que, por cierto, permanece remoto, fuera del Mundo, y solo es directamente accesible a los Valar o los Gobernantes [...] Pero el Único conserva su autoridad definitiva y (o así parece verse en el tiempo serial) se reserva el derecho a meter el dedo de Dios en la historia: esto es, producir realidades que no podrían deducirse aun teniendo un conocimiento completo del pasado previo, pero que, por ser reales, se convierten en parte del pasado efectivo para todo tiempo subsiguiente (la posible definición de un ‘milagro’)” (Carta 181).

7 “Sé lo que vuestras mentes desean: que aquello que habéis visto sea en verdad, no solo en vuestro pensamiento, sino como vosotros sois, y aun otros. Por tanto, digo ¡Eä! ¡Que sean estas cosas! Y enviaré al Vacío la Llama Imperecedera, y se convertirá en el corazón del Mundo, y el Mundo Será; y aquellos de entre vosotros que lo deseen, podrán descender a él” (S 18).

8 “[...] pero tendrían en cambio el poder de modelar sus propias vidas, entre las fuerzas y los azares mundanos, más allá de la Música de los Aínur, que es como el destino para toda otra criatura; y por obra de los Hombres todo habría de completarse, en forma y acto, hasta en lo último y lo más pequeño” (S 45).

9 “No obstante, ya desde hace mucho tiempo los Valar declararon a los Elfos que los Hombres se unirán a la Segunda Música de los Aínur” (S 45).

mayor grado de imaginación<sup>10</sup>–, la palabra *Dios* no se menciona entre ninguna de las que forman las obras que erigen la Tierra Media. Esto es, Dios está presente, pero no se sabe de su acción ex profesa en el devenir del mundo<sup>11</sup>.

Este último hecho nos es importante para ir encauzando nuestro hilo de exposición, pues en la Tierra Media solo los más sabios de entre los sabios pueden percibir misteriosamente su obrar. Por ello, Gandalf –designado concretamente como *wizard*, ligado a *wise*– es capaz de notar que en momentos álgidos del curso de los acontecimientos hay “más de un poder actuando”. Esas son, concretamente, las palabras que emplea para describir el hallazgo del Anillo por parte de Bilbo, justo cuando el objeto, que “se cuida solo”, decidió dejar a su último dueño, Gollum. Es decir, entre los planes de aquellos partícipes dentro del mundo creado, una fuerza opera de manera casi imperceptible, haciendo que “algo ocurra al margen”<sup>12</sup> de lo deseado. Así dijo Gandalf a Frodo:

Detrás de todo esto había algo más en juego, y que escapaba a los propósitos del hacedor del Anillo: no puedo explicarlo más claramente sino diciendo que Bilbo estaba *destinado* a encontrar el Anillo, y no por voluntad del hacedor (CA, I, ii, 64).

Atendiendo a este ejemplo, varios estudiosos de la obra de Tolkien han versado sobre el trasfondo de los momentos que el autor conscientemente describe mediante palabras como *destino*, *casualidad* o *suerte*: detrás de ello se halla la providencia<sup>13</sup>. En este texto, no nos contentamos con dar cuenta de ello sobre la ya conocida proposición de que la Tierra Media posee un fondo cristiano. Queremos ver hasta dónde puede hacernos pensar el papel de la acción silenciosa del Padre en el curso de los acontecimientos externos y ajenos a Él en el que el

10 Véase: ‘Última entrevista registrada de Tolkien’.

11 “ [...] pero reduje deliberadamente todas las alusiones a los asuntos de gran importancia a meras sugerencias, solo perceptibles para los más atentos, o las mantuve como formas simbólicas sin explicación. Así, Dios y los dioses ‘angélicos’, los Señores o los Poderes del Oeste, solo atisban en pasajes como la conversación que mantiene Gandalf con Frodo: ‘algo más había en juego por detrás, por encima de los designios del hacedor del Anillo’; o en la gracia númenóreana de Faramir en la cena” (Carta 156).

12 Las citas de este párrafo son tomadas de las explicaciones de Gandalf, y corresponden, respectivamente, a CA, I, ii, 64; CA, I, ii, 63. Las últimas palabras citadas –concretamente: “algo ocurrió al margen de la voluntad del Anillo”– son de Galadriel en la primera entrega de la trilogía de *El Señor de los Anillos* del cineasta Peter Jackson, *La Comunidad del Anillo* (2001). Aprovechamos el momento para subrayar, y agradecer, la gran labor efectuada y el gran conocimiento de la obra de Tolkien que los guionistas en torno a Jackson poseen, cualquier otra crítica estética aparte.

13 Los ejemplos dados corresponden al inglés *fate*, *chance* y *luck*. Véase Dubs (2004) y Lasseter (2015).

ser humano y otros seres se ven inmersos<sup>14</sup>. En los siguientes apartados, exponemos dos momentos de ese silencioso obrar de Dios que forman el núcleo de nuestra investigación: dos ejemplos que compararemos y que mostraremos cómo se nutren mutuamente para ofrecer una contribución fecunda. El primero de ellos concierne directamente a los últimos momentos de la vida de Cristo tal como se narra en los Evangelios canónicos; el segundo, a los acontecimientos previos a la destrucción del Anillo en la Tierra Media.

### 3. “NO SE HAGA MI VOLUNTAD, SINO LA TUYA”

Nos centraremos ahora en la figura de Cristo tal y como se presenta en los cuatro Evangelios, sin obviar las diferencias de composición –históricas, narrativas, etcétera– que los textos presentan entre sí, pero tomándolos a todos como complementarios de una misma historia. Las Escrituras nos muestran que Jesús descubre el misterio que Dios le revela, y comienza a hablar sobre la Verdad. Y en este proceso, Jesús se descubre al mundo gradualmente, hasta mostrar que es el Mesías, que proviene del Padre y que tras su cometido vuelve a Él (Jn 16, 28-30). Lo importante a tener en mente es lo siguiente: habla sobre lo que el Padre le transmite y acepta a cada paso el camino que le ha dado. Es decir, sus palabras son las palabras del Padre (Jn 14, 10), y elige libremente los pasos que lo llevarán a la glorificación y a la pasión (Jn 14, 30-31).

En esta aceptación y andadura del camino trazado para él, Jesús destaca su intimidad con Dios, al que no halla tan solo en el templo, sino en todo momento de oración. Tal respaldo es el que le permitirá decir en el Huerto de los Olivos: “Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22, 42), tras haber evitado previamente otros obstáculos y tentaciones en su camino. De ese modo, su actitud tras su arresto es templada, pero el último momento es excesivo. Poco antes de donar su espíritu tras haber entregado cuerpo y sangre, las palabras de Jesús son estremecedoras: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46; Mc 15, 34)<sup>15</sup>.

Este consiste el único momento en el que Jesús se dirige a Dios y no lo llama Padre. No deja de reconocerlo como Dios; su fe, evidentemente, no ha caído. Pero marca una distancia terrible en el vocativo, y más aún en el predicado. En verdad, supone un abismo. Jesús se siente solo en su cometido, sin la presencia

14 Fernet-Ponse (2006) comenta varios de los mejores ejemplos dentro de la narrativa de la Tierra Media, tales como el hundimiento de Númenor o el retorno de Gandalf.

15 Téngase en mente el eco del salmo 22.

del Padre en el momento *in extremis*. Y lo que queremos resaltar es que precisamente Jesús se halla así no por una ausencia de socorro, sino por el cambio de agencia de Dios que ha pasado de ser apoyo y sustento a actuar directamente: es Él quien, invisible y en silencio, toma las riendas del asunto. Cuando Jesús ha cargado con su cruz y clavado los pecados en ella, cuando ha cumplido con su cometido (Jn 19, 30), es cuando ha de apartarse para que Dios entre, sin ser visto, sin ser oído, en escena. Así, la pronosticada glorificación (Jn 17, 1-5), que llamaba a Dios a actuar, hace que el hijo pase de cargar con la cruz ofrecida por el Padre a ser cargado por el Padre: pues es Dios quien eleva la cruz, y con ella a Cristo. En otras palabras, Cristo ha recorrido voluntariamente y acompañado el camino preparado para él, un camino cuyo objetivo es llegar a la situación en la que Dios está invitado a recorrer el último tramo de la vía, aquella parte que Jesús no puede hacer por sí y con ayuda: el capítulo en el que el sujeto de la acción es única y solamente Dios, la Resurrección.

La pregunta con la que abríamos la investigación se torna ahora: ¿Hasta qué punto es Cristo o Dios mismo quien está actuando a lo largo de los Evangelios? Nuestra respuesta es: Dios ha acompañado a Cristo en toda su labor hasta el momento final. En este momento, cuando Cristo no puede más, Dios deja de ser un apoyo en el fondo para ser el único ejecutor de la acción. En otras palabras, el camino trazado para Cristo, por difícil que fuera, tenía posibilidad de consecución final, porque Dios lo asistiría. Pero el camino llega a un nivel que supera a Cristo y ha de apartarse. De ahí que parezca que Dios no asiste, no ayuda: porque su asistencia y ayuda no se dirigen a Cristo, sino que se han vuelto la acción misma. Dios pasa de ser apoyo a ser agente activo.

El hecho de que Cristo mismo tuviera un cometido por encima de sus posibilidades –lo cual en nada se asemeja a decir que fracasara– es una realidad terrible. No solo exige pensar dentro del contexto cristiano la necesidad continua de la gracia de Dios, sino la aceptación de que el camino de la persona ha sido o será andado por Dios mismo: el último tramo del camino no lo hace por su propio pie, sino sobre o cargado por el Padre.

A continuación, para profundizar en los argumentos expuestos, nos centraremos en la figura de Frodo Bolsón. En la lectura que proponemos, su ejemplo nos permitirá ver desde otro ángulo un itinerario similar, y acercará el elemento de la gracia al ser humano corriente dentro del marco de reflexión cristiano.

#### 4. “YO LLEVARÉ EL ANILLO, AUNQUE NO SÉ CÓMO”

Las palabras que encabezan este apartado son aquellas que, ante un concilio sumido en el pe(n)sar, Frodo elevara por sobre el silencio. Tras heredar el Anillo



de Bilbo a la partida de este, Frodo, acompañado de sus leales amigos, logra transportarlo a Rivendel. Allí, ante representantes de los Pueblos Libres, un concilio tiene lugar convocado por Elrond. La exposición de los sabios deja algo en claro: el Anillo debía ser destruido, y alguien había de portarlo hasta y arrojarlo al abismo del que salió. Y la aceptación del cometido proviene de boca de Frodo, con palabras que le parecen no ser suyas:

Un irresistible deseo de descansar y quedarse a vivir en Rivendel junto a Bilbo le colmó el corazón. Al fin habló haciendo un esfuerzo y oyó sorprendido sus propias palabras, como si algún otro estuviera sirviéndose de su voccecita (CA, II, ii, 282).

Por lo tanto, en este momento de la narración volvemos a tener, por una parte, el asumir voluntario por parte del protagonista de una carga demasiado pesada, y por otra, el pronunciamiento por su boca de palabras que, de alguna manera, parece que no le pertenecen.

El camino a Mordor es arduo y lleno de peligro, pero Frodo tiene la compañía de una amistad y servicio basada en el amor más dado, que nunca cede. Sin embargo, el sendero es oscuro donde los haya. Las críticas que en su día le hicieran a Tolkien sobre un enemigo lejano y de poco protagonismo quedan descalificadas<sup>16</sup>, pues Frodo lleva colgando de su cuello y junto a su corazón al diablo mismo: un pedazo de oro circular en el que se ha encerrado el Maligno para, al atarse a lo tangible, formar parte intrínseca de este mundo<sup>17</sup>. El Anillo es la voluntad más perversa de Sauron, quien se erige como, si no Príncipe –título que deberíamos reservar a Morgoth–, Duque de las Tinieblas. Mientras va cobrando fuerza, este caído perturba tanto a Frodo que cuando por fin llega al Monte del Destino, en el corazón de su reino, Frodo elige –y el verbo es importante– no deshacerse del Anillo, sino poseerlo: “He llegado –dijo–. Pero ahora he decidido no hacer lo que he venido a hacer. No lo haré. ¡El Anillo es mío!” (RR, VI, iii, 995).

Sin embargo, cuando Frodo inserta su dedo en el Anillo y parece que todo puede fracasar, lo inesperado ocurre. Gollum lucha con Frodo y logra arrancarle el objeto de un mordisco:

Frodo lanzó un grito, y apareció, de rodillas en el borde del abismo. Pero Gollum bailaba desenfrenado, y levantaba en alto el Anillo, con un dedo todavía ensartado en el aro. Y ahora brillaba como si en verdad lo hubiesen forjado en fuego vivo.

– ¡Tessoro, tessoro, tessoro! –gritaba Gollum–. ¡Mi tessoro! ¡Oh mi Tessoro! – Y entonces, mientras alzaba los ojos para deleitarse en el botín, dio un paso de más, se tambaleó un instante en el borde, y luego, con una alarido, se precipitó en

16 Véase Wilson (1956).

17 Véase *El anillo de Morgoth* (Tolkien, 2000).

el vacío. Desde los abismos llegó su último lamento ¡*Tessoro!* y desapareció para siempre (*RR*, VI, iii, 996).

El fin del Anillo, del cometido de destruirlo, no es, en última instancia, obra de Frodo. Tras llegar a la extenuación física y espiritual, el hobbit reclama para sí la joya, y deja el camino que conduce a destruirla. No es ya el agente responsable de ello, pero ha dejado la mejor de las posibilidades para que tenga lugar. Y como defenderemos en el siguiente apartado, será precisamente la intervención de Dios-Ilúvatar –aparentemente invisible en el fragmento recién citado– la que hace posible la destrucción del Anillo.

Evidentemente, el marco narrativo es muy distinto al de los Evangelios: una persona malvada forcejea con Frodo y cae al fuego, Frodo mismo ha renunciado a su cometido –cosa que Jesús no hace jamás–, y su labor, aunque salvífica, no es redentora. Sin embargo, tanto Cristo como Frodo tienen el objetivo de vencer al Maligno y a ambos se les ha pedido que sacrifiquen todo lo que tienen de sí: que todo lo den para un logro de dimensiones cósmicas, que concierne a muchos otros. Y bajo esta similitud yace lo que sí es uno y lo mismo en ambas narraciones: la hondura de la entrega desinteresada por aquello que aman y no exigen para sí. Esto que subyace a ambas historias y que tanto Cristo como Frodo dejan aflorar es la gracia: son personas que lo donan todo para lograr algo que no es para ellos. Ambos sujetos están situados en una posición de sacrificio más allá de un interés particular hacia su persona (Jn 15, 13).

Ahora bien, esta condición narrativa común es la que nos permite comparar ambos relatos de forma justificada y con miras al enriquecimiento de lectura mutuo. Porque es la gracia de estas personas la que permite que la Gracia tenga lugar. En cuanto a Cristo, Dios le había revelado directamente su cometido, y sabía que tendría que superar toda gran tentación y darse en sacrificio para que, además de dejar juzgado al Príncipe de las Tinieblas, crear una nueva alianza con la humanidad y romper las cadenas de la muerte. Cristo cargó con su cruz e hizo posible la situación a través de su gradual revelación y calvario. Sin pecado, por amor, el inocente derramó su sangre para el perdón de los pecados. ¿Pero en cuanto a Frodo? ¿Qué es lo que hizo el hobbit para que la intercesión de Dios, como decimos, fuera posible y directa en los acontecimientos del mundo? A continuación, nos remitiremos a algunos comentarios que el propio Tolkien hiciera sobre el momento decisivo de la destrucción del Anillo. En ellos resaltaremos al lector cómo y por qué Ilúvatar es el agente de la acción.

## 5. “OTRO PODER SE HIZO CARGO”

Comenzaremos por citar un largo fragmento del epistolario de Tolkien (Carta 246):

Frodo, por cierto, fue “incapaz” como héroe tal como lo conciben las mentes simples: no soportó hasta el final; cedió, desertó [...] No creo que el de [sic] Frodo fuera un fracaso *moral*. En el último momento la presión del Anillo alcanzaría su máximo; imposible, diría yo, que cualquiera pudiera resistirlo, seguramente después de conservarlo tanto tiempo, meses de incrementado tormento, hambre y agotamiento. Frodo había hecho lo que podía y estaba exhausto (como instrumento de la Providencia) y había logrado una situación en la que el objeto de su búsqueda era alcanzable. Su humildad (con la que había empezado) y sus sufrimientos fueron justamente recompensados por el más alto honor; y su ejercicio de la paciencia y la misericordia que usó con Gollum le ganaron la Misericordia: su incapacidad quedó enmendada.

Somos criaturas finitas con limitaciones absolutas con respecto al poder de acción o de resistencia de nuestra estructura anímico-corporal. El fracaso *moral* de un hombre solo puede afirmarse, me parece, cuando su esfuerzo o su capacidad de resistencia quedan *por debajo* de sus límites, y la culpa decrece cuando más cerca se está de dichos límites<sup>18</sup>. No obstante, creo que puede observarse en la historia y en la experiencia que algunos individuos parecen situarse en posiciones “de sacrificio”: situaciones o tareas que para el perfeccionamiento de su solución exigen capacidades más allá de sus límites extremos, aun más allá de todo límite posible para una criatura encarnada en el mundo físico, en las que el cuerpo puede ser destruido o mutilado de tal manera que afecta la mente y la voluntad. El juicio en tal caso debe depender, pues, de los motivos y la disposición con los que se puso en marcha, y debe sopesar sus acciones en relación con la máxima posibilidad de sus capacidades a lo largo del camino que constituye su punto límite.

Frodo emprendió su búsqueda por amor: para salvar del desastre, a sus propias expensas, si podía, al mundo que él conocía; y también con completa humildad, reconociendo que era del todo inadecuado para la tarea. Su verdadero compromiso consistía tan solo en hacer lo que pudiera, tratar de hallar un camino y avanzar tanto por él como la fuerza de su mente y su cuerpo lo permitía. Es lo que hizo. No veo que el quebrantamiento de su mente y su voluntad bajo demoníaca presión después del tormento sea más un fracaso moral que lo habría sido el quebrantamiento de su

18 El original inserta aquí una nota: “No se tiene en cuenta aquí la ‘gracia’ o el aumento de nuestros poderes como instrumento de la Providencia. A Frodo se le concedió la ‘gracia’: primero para responder al llamado (al final del Concilio) después de una larga resistencia al sometimiento; y más tarde en su resistencia a la tentación del Anillo (en momentos en que reclamarlo, y de ese modo revelar su existencia, habría sido fatal) y en su capacidad de soportar el miedo y el sufrimiento. Pero la gracia no es infinita, y casi siempre en la Divina Economía parece limitarse a lo que es suficiente para el cumplimiento de una tarea designada para un instrumento en un concierto de circunstancias y otros instrumentos”.

cuerpo si hubiera sido estrangulado por Gollum o aplastado por la caída de una roca, por ejemplo.

De las líneas de Tolkien se desprende que Frodo no es el héroe poderoso y autosuficiente que culmina toda tarea. Se ve envuelto en un propósito muy elevado, de tal magnitud que supera sus posibilidades. Por esa razón, la presión a la que estuvo expuesto, mayor que todo sacrificio que pudiera hacer, acabó venciénolo. Es así que Frodo no es capaz de llevar a cabo la obra, pero tampoco fracasó, porque lo dio todo – todo lo dio aun sabiendo que no sería suficiente; y voluntariamente. Pero la razón para entregarse al martirio con apenas esperanza de logro no provino de la locura, sino del amor por las cosas buenas.

De modo que a Frodo le había sido encomendada una tarea por encima de sus posibilidades. Esa es la razón para llamar a su persona, más que a ninguna otra, instrumento de la Providencia: porque en términos cristianos, en los que el Padre vela por sus hijos y a los que ha dado una vida con sentido, al dirigir a una criatura hacia un obstáculo que no puede de por sí salvar, ha de haber un plan oculto, ha de haber la posibilidad de mostrar una mayor gloria que de otro modo no sería posible.

Frodo era una persona como pocas, con fuerza y resistencia justas, pero con una disposición superior. Aceptó el Anillo y su camino con la misma paciencia y misericordia<sup>19</sup> que mostraría para con todas aquellas criaturas engañadas y sumidas en el mal. Y Tolkien remarca que fue precisamente esta muestra de gracia la que permitió que le fuera dada a él en un grado y alcance elevado: más allá de la “ración normal”, pero en la medida necesaria y no más, que se vuelve, precisamente, la intercesión de Dios en la historia:

“No nos dejes caer en la tentación”, etcétera, es la petición más difícil y con menos frecuencia considerada. En términos de mi cuento, la cuestión es que aunque cada acontecimiento o situación tiene (cuando menos) dos aspectos: la historia y el desarrollo del individuo (es algo de lo que puede obtener un bien, un bien definitivo, para sí, o fracasar) y la historia del mundo (que depende de la medida que adopte por sí misma), aun así uno puede hallarse en situaciones anormales. Yo las llamaría situaciones “de sacrificio”: posiciones en las que el “el bien” del mundo depende de la conducta de un individuo en circunstancias que le exigen sacrificio y una resistencia muy por encima de lo normal, o que incluso quizás exijan (o parezcan exigir, humanamente hablando) una fortaleza de cuerpo y espíritu que el individuo no posea: en cierto sentido, está condenado al fracaso, condenado a caer en la tentación o a quebrantarse bajo la presión contra “su voluntad”; es decir, contra cualquier elección que podría hacer o haría de estar libre y sin coacción [...] La Misión estaba condenada a fracasar como plan mundanal, y también estaba condenada a terminar en

19 “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5, 7).

desastre como la historia del proceso por el que el humilde Frodo se dirigía al “ennoblecimiento”, a su santificación. Fracasaría y fracasó en lo que a Frodo concierne, al menos considerado solo [...] Pero en este punto se logra la “salvación” del mundo y la propia “salvación” de Frodo por su anterior *piEDAD* y el perdón de la ofensa. En cualquier momento, toda persona prudente le habría advertido a Frodo que Gollum ciertamente lo traicionaría y podría robarle el final. Tener “piEDAD” de él y abstenerse de matarlo fue una locura, o la mística creencia en el definitivo valor que de por sí tiene la piEDAD o la generosidad, aun cuando resulte desastrosa en el mundo temporal. Le robó y lo dañó al final; pero, por mediación de cierta “gracia”, la última traición se produjo precisamente en el momento en que el acto malo final fue lo más benéfico que podía hacerse por Frodo. Por mediación de una situación creada por su “perdón”, él mismo fue salvado y liberado de su carga (Carta 181)<sup>20</sup>.

Ahora bien, para poder enfocar con mayor detalle nuestro argumento, lo que en verdad queremos subrayar son las siguientes palabras del citado fragmento de Tolkien: “situaciones o tareas que para el perfeccionamiento de su solución exigen capacidades más allá de sus límites extremos”. Esta oración nos presenta una de las cuestiones abiertas al comienzo de la investigación contestada de forma afirmativa: en algunos casos, “casos de sacrificio” como dice Tolkien, la persona instrumento de la Providencia es incapaz de seguir por el arduo e invencible camino dado, y es necesario que una fuerza externa actúe directamente:

Frodo merecía todo honor porque derramó hasta la última gota de la capacidad de su voluntad y de su cuerpo, y eso fue suficiente para llevarlo al punto destinado y no más allá. Muy pocos, quizá ninguno más de su tiempo, podrían haber llegado tan lejos. El Otro Poder se hizo cargo entonces del control: el Escritor de la Historia (por

20 La Gracia recibida en el Monte del Destino, por lo tanto, se ve efectuada gracias a la propia gracia dada mediante el total sacrificio por Frodo, en cuyo transcurso se encuentra la piEDAD dispensada a Gollum, que finalmente cumple el papel inesperado pero fundamental –a su expensa: “el hecho de que [su mal] fuera para bien, no es mérito suyo” (Carta 181)– pronosticado por Gandalf (CA, I, ii, 68). Pero el mago también expone previamente que la salvación o condena de Gollum, su propio fin, “está ligado al destino del Anillo”. Por lo tanto, consideramos que la misericordia que Frodo recibe por su acto de piEDAD –al igual que Bilbo– se dirige, más allá de a la consecución de la misión, a su propia salvación. Porque podría haber perecido con o tras la destrucción del Anillo –Beowulf, por ejemplo, muy conocido por Tolkien, muere en su última lucha, en la que vence al dragón–. Pero no: precisamente las dos personas que se apiadan de Gollum –Bilbo y Frodo–, son aquellos que son honrados de tal manera que se les permite cruzar a las Tierras Imperecederas, para poder sanarse de las heridas que sus misiones les han causado. Tolkien mismo en el largo fragmento citado marca siempre la salvación de la misión y la del propio Frodo, al igual que en la Carta 191: “[...] no solo le era del *todo imposible* entregar el Anillo, ya sea de hecho o solo con tal intención de hacerlo, especialmente en este punto de máximo poder, sino que esta incapacidad se presagiaba desde mucho tiempo atrás. Fue honrado porque había aceptado la carga voluntariamente y había hecho todo lo que estaba dentro del máximo de sus posibilidades físicas y mentales. Él (y la Causa) se salvaron por PiEDAD: por el valor supremo y la eficacia de la Misericordia y el perdón de la ofensa”.

el que no me refiero a mí mismo), “esa persona siempre presente que nunca está ausente y nunca se nombra” (como ha dicho un crítico) (Carta 192)<sup>21</sup>.

El autor no podía haberlo dicho más breve y concisamente. Ese agente apenas notado es el que a partir de cierto momento obra realmente.

## 6. *EUCATÁSTROFE*: EL GIRO Y ACCIÓN DEL PADRE

Como hemos dicho anteriormente, más que los paralelismos destacados entre ambos relatos, es el trasfondo el que nos permite poder compararlos y estudiarlos en mayor profundidad en cuanto a la operación de la gracia. Tanto Jesús como Frodo logran cargar con su fardo hasta el abismo: el primero hasta el momento de su muerte, el segundo hasta el precipicio por sobre el fuego de la montaña. Y en ambos la misión ha concluido: Jesús carga con las faltas del mundo y se dispone a morir por la salvación de los pecadores, y Frodo ha transportado al objeto dañino hasta el único punto en el que puede ser destruido. Sin embargo, el objetivo persiste: Cristo ha de romper las cadenas de la muerte y resucitar, y el Anillo –junto con Sauron– debe desaparecer. Y en este último paso ninguno de los actores es ya sujeto de la acción. Jesús expira y queda en manos de Dios, igual que la joya no depende ya de Frodo, sino de la *suerte* o *casualidad* de que Gollum, en su alegría, tropezara y cayera.

Nuestro foco ha de situarse sobre este momento decisivo del argumento, cuyo tempo es de pocos segundos. A primera vista, entre la parada de Jesús y de Frodo y la consecución del objetivo final, parece que no dista nada: es casi imperceptible la operación de un agente más. Un agente que no se nombra, pues Dios no parece ser cercano en Gólgota, y los hobbits no saben de él. Pero la hondura y eco de este breve silencio que en ambas narraciones toma lugar tiene consecuencias ineludibles a nuestro entender. Porque en esa inactividad de los protagonistas resulta que el verdadero personaje central, desconocido, hasta ahora entre bastidores, entra en escena y solo por él cobra la narración sentido<sup>22</sup>. Porque en el momento fatal, ante la oscuridad del abismo y la inminente caída

21 También en la Carta 109, Tolkien dice así: “Creo que no hay horror concebible que esas criaturas no puedan superar mediante la gracia (que aparece aquí en formas mitológicas) combinada con el rechazo en última instancia del compromiso o el sometimiento por parte de su naturaleza y su razón”.

22 Es precisamente en este sentido en que Tolkien escribe que *El Señor de los Anillos* trata sobre Dios y la gracia en sus cartas, que no es más que otro grado de la temática de la muerte (Carta 183).

al vacío<sup>23</sup>, el curso de los acontecimientos recibe un giro inesperado a la vez que tampoco sorprende tanto: la gracia ha entrado en acción.

Jesús llega a su pasión sabedor del abandono mundano y no divino: “Mirad que llega la hora (y ha llegado ya) en que cada uno de vosotros se dispersará por su lado y me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Jn 16, 32). Y aunque sepa ya que ha “vencido al mundo” (Jn 16, 33), el peso y su tormento son demasiado. Es así que previamente a entregar el espíritu, Jesús entrega algo casi pasado por alto: la esperanza. Y en ese momento de seguir con el camino aunque no vea la ayuda, en ese último desgarró, es cuando puede oírse el eco de Dios: sacrificio aceptado. La redención entra en acción. Y no es Cristo quien opera: porque él es el operado. El obrador es Dios, que desde las Afueras, invisible, silencioso, ejecuta el milagro *dentro* del mundo e historia de la humanidad. No hemos de olvidar que el centro del cristianismo, la celebración de la Pascua, guarda en su corazón la actividad de Dios: su *paso* por el mundo, que marca un nuevo paso y dirección.

Igual que en la situación de Frodo, el amor y la misericordia inquebrantable de Jesús han permitido llegar a la situación en que el Padre se permite entrar en directa acción. En otras palabras, una vez llegado al abismo con buena voluntad, y ante la necesidad exigida de salvarlo, cuando todo está dado, Dios encuentra el contexto para poder interceder. Es en ese resquicio, en esa breve escisión del argumento, en la que el Padre entra en acción, y serán posibles la Resurrección en una historia y la destrucción del Anillo en la otra; los dichosos finales más allá del total sacrificio que son más que su justificación: la muestra de un designio divino en la que el Padre es agente activo.

Para denominar el acto en el que la Providencia, de manera profunda y sin magnífica exposición explícita, gira el curso de los acontecimientos hacia un final dichoso, justo cuando parece que todo está perdido, Tolkien acuñó la palabra *eucatástrofe*: la buena catástrofe. En toda narración ejemplar, tras el continuo rechazo de la derrota final siempre en tela de tristeza y fracaso, el giro a buen término proporciona tal Gozo “que los límites de este mundo no encierran y que es penetrante como el sufrimiento mismo”:

Quando en un relato así llega el repentino desenlace, nos atraviesa un atisbo de gozo, un anhelo del corazón, que por un momento escapa del marco, atraviesa

23 No olvidemos que Jesús, dejando atrás cuerpo y sangre, llega clavado con los pecados del mundo hasta el final, que no es otro que el descenso a los infiernos, y aparentemente no llega ningún ángel, relámpago o cualquier intercesión divina que no lo evite. Su angustia, descender al infierno empujado por todo el peso de los desvíos de la humanidad, y no ver ayuda, es algo excesivo. Mas no renegó de Dios en cuanto Dios.

realmente la misma tela de araña de la narración y permite la entrada de un rayo de luz (SCH 188).

Ese gozo, dice Tolkien, puede explicarse como “un súbito destello de la verdad o realidad subyacente” (SCH 189). Sobre todo si se trata de aquello que, como dicen las Escrituras, aconteció en este mundo, en un lugar y momento concreto de la historia<sup>24</sup>. De modo que, cuando todo se ha dado y el ineludible final parece evidente, Dios actúa gratuitamente para concluir el camino comenzado y andando voluntaria y limpiamente. El Padre intercede gratuitamente en la historia y la eleva: la Verdad toca la tierra.

## 7. CONCLUSIONES

La investigación que hemos presentado llega aquí a su conclusión. A la luz de lo expuesto, más allá de la gracia como elevación redentora de todo ser humano en su paso por la muerte, la gracia aparece como una intercesión directa de Dios en los acontecimientos históricos y con consecuencias universales a través del camino de la persona que se sacrifica de manera misericordiosa. El don de la intercesión en los acontecimientos mundanos ocurre ante uno solo, pero su extensión abarca a todo el resto.

La exposición de la historia de Frodo, acompañada de los propios comentarios de su autor, nos permite enriquecer la comprensión de la actividad directa que los Evangelios muestran tras la pasión de Cristo, y dar una nueva aportación de lectura a esa aparente privación de socorro que pudieran indicar los textos. Dios puede trazar caminos cuya dificultad es superior para el caminante, caminos que se recorren bajo su luz, pero que en última instancia han de terminarse sobre sus hombros. Y esta afirmación, dentro del plano cristiano, puede extenderse tanto a héroes con un objetivo salvífico-universal como a la persona corriente, puesto que también habrá, tras el camino de su vida, de llegar a la oscuridad de la muerte. Las palabras de Pablo cobran así un nuevo matiz: “Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que lo aman; de aquellos que han sido llamados según su designio” (Rm 8, 28).

Para el cristiano, en la muerte, toda persona está sola y en manos de Dios. Y es que para el creyente toda la vida es un ser menos uno mismo, hasta tal punto

<sup>24</sup> Sobre el culmen de la historia de la Salvación Tolkien dirá: “El nacimiento de Cristo es la eucatástrofe de la historia del Hombre. La Resurrección es la eucatástrofe de la historia de la Encarnación. Una historia que comienza y finaliza en gozo” (SCH 189-190).



que no puede sostenerse y cae al vacío y lo oscuro. Es el último salto el verdadero: el lanzarse a lo desconocido con la esperanza de que Dios lo recoja en sus brazos. En los Evangelios, son las manos de Dios los que recogen a Cristo; en *El Señor de los Anillos*, es el dedo de Dios el que hace tropezar al perverso, el dedo invisible que entra en escena cuando el de Frodo es arrancado de su mano.

Finalmente, es necesario subrayar la importancia de un elemento en toda esta filosofía de la gracia dentro del marco cristiano y en el plano que hemos señalado: el papel de la esperanza. Esta es un don que los sujetos de las historias que hemos estudiado reciben por preguntarse y preocuparse por lo eterno y lo valioso, que los hace sostenerse cuando todo parece caer y no haber nada más que hacer. Precisamente, tras un camino arduo pero recorrido dignamente, es la entrega de la esperanza, esa entrega de la que habla Lucas en 23, 46 que dice “en tus manos encomiendo mi espíritu”, y que se vuelve de otra forma en los demás evangelistas, la que permite la misericordia y acción de Dios, el cumplimiento de su promesa de velar por sus criaturas. Porque la acción de Dios es la verdadera esperanza: es el regalo puro que muestra que el mal y la muerte no vencerán en última instancia, por mucho que sus victorias sean numerosas. Precisamente, la luz y eco de esa esperanza que Dios entrega desde fuera del mundo ante los funestos acontecimientos es lo que Tolkien designaba como *eucaatástrofe*.

De modo que terminamos contestando afirmativamente la pregunta que provocó este texto y argumentación: es posible que Dios prepare y ofrezca a ciertas personas caminos por encima de sus posibilidades. Pero con la gran diferencia de que será Dios mismo quien termine de recorrerlo si todo se ha donado gratuitamente. De ese modo, la gracia llama a la Gracia y la intercesión divina en la historia. Y todo ello, como dice Ilúvatar, para una grandeza no imaginada: “También ellos sabrán, llegado el momento, que todo cuanto hagan contribuirá al fin sólo a la gloria de mi obra” (S 45).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CALDECOTT, Stratford, *El poder del Anillo. Trasfondo espiritual de El Hobbit y El Señor de los Anillos*. Traducción de Pablo Martínez de Anguita y Pilar Fernández Palop. Madrid: Encuentro, 2013.
- COULOMBE, Charles A., “*El Señor de los Anillos: una perspectiva católica*”. *J. R. R. Tolkien. Señor de la Tierra Media*. Editado por Joseph Pearce. Traducción de Ana Quijada. Barcelona: Minotauro, 2001, 70-83.
- DUBS, Kathleen E., “Providence, Fate, and Chance: Boethian Philosophy in *The Lord of the Rings*”. *Tolkien and the Invention of Myth. A Reader*. Editado por Jane Chance. Lexington: UP of Kentucky, 2004, 133-142.

- FORNET-PONSE, Thomas, "Freedom and Providence as Anti-Modern Elements?". *Tolkien and Modernity 1*. Editado por Frank Weinreich y Thomas Honegger. Zurich / Jena: Walking Tree Publishers, 2006, 177-206.
- HOUGHTON, John William, 'Augustine in the cottage of lost play: the Ainulindalë as asterisk cosmogony'. *Tolkien the Medievalist*. Editado por Jane Chance. New York: Routledge, 2003, 171-182.
- KERRY, Paul E. (ed.), *The Ring and the Cross: Christianity and The Lord of the Rings* [Christianity and the Writings of J. R. R. Tolkien]. Madison and Teaneck: Fairleigh Dickinson UP, copublicado con Lanham: The Rowman & Littlefield Publishing Group, 2013 [2011].
- KERRY, Paul E.; MIESEL, Sandra (eds.), *Light Beyond All Shadow: Religious Experience in Tolkien's Work*. Madison: Fairleigh Dickinson UP, 2013 [2011].
- LASSETER, Helen, "On Fate, Providence, and Free Will in *The Silmarillion*". *Tolkien among the Moderns*. Editado por Ralph C. Wood. Notre Dame: U of Notre Dame P, 2015, 51-77.
- MARQUÉS, José Miguel., "El Catolicismo en Tolkien y en *El Señor de los Anillos*. Una aproximación con afecto (I y II)". *Verbo*, 477-478, 2009, 677-706 y 479-480, 2009, 849-886.
- MÁRQUEZ LINARES, Carlos F., "Un fragmento desprendido de la luz verdadera. El cristianismo en la obra de J. R. R. Tolkien". *Sagas, distopías y transmedia: ensayos sobre ficción fantástica*. Editado por Eduardo Encabo Fernández, Mariano Urraco Solanilla y Aitana Martos García. León: Universidad de León, 2016, 129-142.
- RUIZ de la Peña, Juan L., *El don de Dios. Antropología teológica especial*. Segunda edición. Santander: Sal Terrae, 1991.
- SHIPPEY, Tom A., *J. R. R. Tolkien: Autor del siglo*. Traducción de Estela Gutiérrez. Barcelona: Minotauro, 2003.
- SOSKICE, Janet M., *Metaphor and Religious Language*. Oxford: Clarendon Press, 1985.
- TOLKIEN, J. R. R., *El Señor de los Anillos*. Traducción de Luis Domènech y Matilde Horne. Barcelona: Círculo de Lectores, 1991.
- , *Cartas de J. R. R. Tolkien*. Editado por Humphrey Carpenter con la asistencia de Christopher Tolkien. Traducido por Rubén Masera. Barcelona: Minotauro, 1993.
- , "Sobre los cuentos de hadas". *Los monstruos y los críticos y otros ensayos*. Editado por Christopher Tolkien. Traducido por Eduardo Segura. Barcelona: Minotauro, 1998, 135-195.
- , *El anillo de Morgoth*. Editado por Christopher Tolkien. Traducido por Estela Gutiérrez. Barcelona: Minotauro, 2000.
- , *El Silmarillion*. Segunda edición. Editado por Christopher Tolkien. Traducción de Rubén Masera y Luis Domènech. Barcelona: Minotauro, 2007 [1984].

- , “Foreword to the Second Edition”. *The Lord of the Rings*. Londres: HarperCollins, 2014 [1966], xxv-xxviii.
- , “Última entrevista registrada de Tolkien”. Traducción de Diego Seguí. *UAN*. [en línea], <<http://www.uan.nu/dti/interview.html>>. [Consulta: 30 abr. 2017].
- TRESMONTANT, Claude, *Introducción a la teología cristiana*. Traducción de Jem Cabanes. Barcelona: Herder, 1978.
- UBIETA, José Ángel (dir.), *Biblia de Jerusalén*. Cuarta edición. Bilbao: Desclée De Brouwer, 2009 [1967].
- WILSON, Edmund, “Oo, Those Awful Orcs!”. *The Nation*, 14 de Abril (1956).